

HUMANITAS

ANUARIO DEL CENTRO DE ESTUDIOS HUMANISTICOS

23



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

1990

DR. JULIO E. LINARES: "La Neutralización del Canal de Panamá con Anterioridad al Tratado concerniente a la Neutralidad Permanente de 1915"	387
DR. ROBERTO LARA VELADO: "Algunas Cuestiones Prehistóricas de Sudamérica"	417

NOTICIAS, RESUMOS Y COMENTARIOS

Sección Primeras

PROF. DR. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE: "Retorno de la Metafísica"	429
LIC. CECILIA MARTÍNEZ GARCÍA: "El Mundo de Etna Godoy"	441
DRA. ALMA SILVIA RODRÍGUEZ: "Linguística en el habla de los..."	453
DRA. ALMA SILVIA RODRÍGUEZ: "Repercusión social"	465
DRA. ALMA SILVIA RODRÍGUEZ: "American Language Acquaintance"	469
PROF. LIC. CALIN J. MUSSU: "Hacia una Nueva Metafísica"	473
ROBERTO REBOLLOSO: "T. S. Kuhn y las Ciencias Sociales" de Barry Barnes	485
ROBERTO REBOLLOSO: "El Hombre como Promesa" de Peter J. Wilson	487
ROBERTO REBOLLOSO: "El Origen de los Anecas" Christian Duvierger	493
LIC. ANTONIA AVILA: "Los Talleres Literarios Indígenas en la..."	497

ONTOLOGÍA DE LA HISTORIA

DR. JUR. DR. PHIL. AGUSTÍN BASAVE FERNÁNDEZ DEL VALLE
 Presidente Emérito del Centro de Estudios Humanísticos

Sumario: 1.- Historia y Filosofía de la Historia. 2.- Temporalidad histórica e historicidad humana. 3.- Constitución interna de la historia. 4.- Hacia una metafísica integral de la historia. 5.- Ontica y axiología de la historia. 6.- Más allá del proceso histórico y del mito del progreso. 7.- El sentido axiológico en la historia. 8.- La cooperación humano-divina en la historia. 9.- Posibilidades y límites de nuestra visión de la historia.

1.- HISTORIA Y FILOSOFÍA DE LA HISTORIA.

LA HISTORIA ES EL REGISTRO DE LOS HECHOS NOTABLES, con trascendencia social, que los hombres seleccionan y estiman. Ciertamente ningún ser humano es capaz de imponerle a la historia un orden ideal, sensato, razonable. Tampoco cabe inferir precipitada e infaliblemente la obra y los designios de Dios como si la Providencia fuese algo totalmente inteligible y transparente a los hombres. El archivo parcial de la experiencia humana que nos toca conocer, y al cual llamamos Historia, es suficiente para advertir un principio unificador de los acontecimientos históricos sucesivos y un significado fundamental cara al futuro que nos espera. Sin esta interpretación sistemática no cabría hablar de Filosofía de la Historia.

En el orden práctico del conocimiento, que regula y orienta las acciones humanas, más que en el orden teórico, encontramos el ser específico de la Filosofía de la Historia. Presupone la Metafísica y la Filosofía de la Naturaleza, aunque sus observaciones y conclusiones se finquen en datos empíricos que integran la historia real. Desde el conjunto del drama humano se extraen, por inducción histórica, ciertas relaciones básicas o constantes históricas. El bien y el mal, la libertad y la responsabilidad corren juntos en el desenvolvimiento histórico. El sentido transhistórico de la historia, su inteligibilidad final, solo puede advertirse desde la Filosofía y la Teología de la Historia. Porque la Historia solo se ocupa de lo singular, de lo concreto, de lo contin-

gente. Aunque los hechos sean hechos acaecidos, no dejan de ser contingentes. Sumergidos en la Historia jamás encontraremos explicación mediante razones universales. ¿Cómo poder emprender una Filosofía de la Historia si la Historia no es una ciencia? Para la filosofía no es necesario que la materia de la cual se ocupa haya de ser una ciencia particular. Basta que exista materia artística o materia histórica, para que la luz de la Filosofía pueda proyectarse. Antes de que se constituyese la moderna física matemática existió una filosofía de la Naturaleza. En la historia hay verdad, aunque se trate de verdades fácticas. Sobre esas verdades fácticas que la historia acumula, el filósofo abstrae inductivamente algunos objetos noéticos racionalmente controlados, verificados en la naturaleza de las cosas. Observamos, por ejemplo, que la historia marcha simultáneamente en el sentido del bien y del mal, en doble movimiento antagónico y tensionado. "...Pues el mundo se halla como una almanzara: bajo presión. Si sois el orujo, sereis expulsados por el sumidero; si sois aceite genuino, permaneceréis en el recipiente. Pero el estar sometido a presión —apunta San Agustín, padre de la Filosofía y de la Teología de la Historia— es inevitable. Y esa presión se ejerce insesantemente en el mundo por medio del hambre, de la guerra, de la pobreza, de la inflación, de la indigencia, de la muerte, de las violaciones, de la avaricia. Tales son las presiones sobre el pobre, y las preocupaciones de los Estados: de ello sobran testimonios. Pero hemos encontrado hombres que, descontentos de estas presiones, no cesan de murmurar; y hay quien dice: '¡Qué malos son estos tiempos cristianos...!' Así se expresa el orujo cuando se escapa por el sumidero; su color es negro a causa de sus blasfemias; le falta esplendor. El aceite tiene esplendor. Porque aquí es otra especie de hombre la sometida a esa presión y a esa fricción que le pule, porque ¿no es la misma fricción la que lo refina?'.¹ En este penetrante texto se afianzan y fortifican mutuamente la luz inductiva de los hechos y la luz racional de la especulación filosófica.

La Historia está vertida hacia los hechos singulares e inagotables en sus conexiones fácticas. La Filosofía de la Historia se sitúa en el punto de vinculación de aspectos generales típicos que han de ser encontrados en determinados individuos y sucesos para mejor comprenderlos. "Es Filosofía retrotraída a la realidad más individual: el movimiento, el desarrollo mismo de la historia humana en el tiempo", advierte Jacques Maritain.²

La historia no puede ser reconstruida conforme a leyes naturales inexorables, pero puede ser caracterizada, interpretada y, en cierta medida, descifrada en fines inteligibles y constantes que iluminan acontecimientos

¹ San Agustín: "Sermones", Ed. Denis, XXIV, 11.

² Jacques Maritain: "Filosofía de la Historia", Ediciones Troquel, pág. 31.

contingentes. Hablo de acontecimientos contingentes, porque suponen la libre voluntad humana —con toda una Antropología Filosófica en su base— y la existencia de Dios providente con su libertad trascendente. Estas dos verdades que la historia humana implica pueden probarse, y las hemos probado en nuestra "Filosofía del Hombre" y otras obras. Sin ellas no cabría edificar una genuina Filosofía de la Historia. Mientras la Teología de la Historia está centrada en el Reino de Dios y la historia de la salvación, la Filosofía de la Historia céntrase en el desarrollo del mundo y la historia de las civilizaciones en su relación con el Reino de Dios en su estado de peregrinaje.

Desde la perspectiva existencial propia del "hombre moderno" y del "hombre histórico" se han descubierto la libertad personal y el tiempo lineal en lugar del tiempo cíclico de los griegos. Sólo desde el tiempo lineal puede encontrarse un significado transhistórico a una tragedia histórica.

Aunque seamos colaboradores de Dios y no colaboradores de la historia, jamás podemos ausentarnos de la historia sin acabar con nuestro "status viatoris". Es posible que a veces la historia actúe contra nosotros, como varones cristianos, pero "no vencerá a nuestro Dios, ni escapará a Sus propósitos de misericordia o de justicia" (J. Maritain). Lo que cuenta no es tener éxito, sino dar testimonio en este mundo donde fructifican históricamente el bien y el mal. Hay entre nosotros una solidaridad vital y secreta, tan antigua como la humanidad, que presta unidad al mundo. Yo no creo que existan —contrariamente a lo que piensa Maritain— "una ley del crecimiento de la conciencia como signo del progreso humano", ni "leyes vectoriales" en la historia; me basta distinguir la reverencia pagana por la fatalidad —que cree en los horóscopos basados en la astrología— del reconocimiento de un poder supremo —"Providencia" en el lenguaje cristiano— compatible con la libertad humana que nos permite sufrir en esperanza. Y me parece que no cabe imaginar la Historia como un proceso continuo dentro de una progresión lineal, sin el supuesto previo de un *terminus a quo* y de un *terminus ad quem*, esto es, de un principio y de un fin.

Karl Löwith concluye su obra "El Sentido de la Historia" con la afirmación de la imposibilidad de encontrar ese sentido dentro de la Historia misma. "El problema de la Historia como un todo es inconcluso dentro de su propia perspectiva. Los procesos históricos en cuanto tales no presentan testimonio alguno de un significado comprensivo y último. Como tal, la Historia no tiene resultado. Nunca ha habido y nunca habrá, una solución inmanente al problema de la Historia, porque la experiencia histórica del hombre es una experiencia de invariable fracaso".³ Aunque estamos de acuerdo con las

³ Karl Löwith: "El Sentido de la Historia", pág. 217, Editorial Aguilar.

afirmaciones de Karl Löewith, no podemos quedarnos en ese estadio. Para ser verdaderamente entendida la historia —fluencia huidiza, contingente, irreversible— requiere algo que la sobrepasa; una verdad absoluta. Este ha sido el designio de los filósofos de la Historia. El proyecto de la Filosofía de la Historia es dar una significación final al humano acaecer a través del tiempo.

2.- TEMPORALIDAD HISTÓRICA E HISTORICIDAD HUMANA.

La historia real es un proceso indefinido de hechos históricos. El historiador lleva una peculiar contabilidad metafísica, hace balances, "suma y sigue"; cuenta acontecimientos relacionados entre sí, conjunta sucesos repletos de posibilidades históricas, salva de la caducidad formal a cada acontecimiento histórico al narrar la historia. Porque el suceso histórico se salva en el recuerdo, en la evocación, en el relato. En este sentido, la narración histórica tiene una misión mesiánica, al salvar en imagen lo que fue y ya no es (por lo menos en el modo en que fue).

Contar lo que está disperso y pluralizado en la realidad del acontecer es la tarea histórica de sintetizar, de resumir. La razón histórica de razón del acaecer histórico. El discurrir progresivo por las realidades históricas narra hechos conexos y relevantes con sentido axiológico.

La interacusación de los hechos históricos constituye una unidad. La historicidad efectiva presenta una dimensión óptica. Lo que pasa históricamente a alguien le pasa. Hay un "sujeto" de la historicidad. Con un puro fenomenismo histórico se volatiliza hasta la misma historia. La humanidad real y en despliegue, como sujeto de la historia, nos dirige hacia hombres concretos. Cabe preguntarnos si la historia está en el ámbito del tener o en el ámbito del ser. Si estuviese en el ámbito del tener, la historia sería una mera adyacencia, un puro y extrínseco añadido a la realidad humana. Pero evidentemente el hombre *es* histórico —aunque no sea pura historia— y la historia *es* en el hombre. Tener historia —observa Antonio Millán Puelles— es esencial al hombre. El hombre es un ser radicalmente histórico. Lo que equivale a decir, en suma, que la historicidad es una *propiedad* humana, ésto es, algo que de un modo necesario fluye de nuestra esencia, no limitándose a ser un puro accidente. Con ésto no se dice que la historia emane unívocamente de nuestro ser, ni tampoco que la historicidad sea nuestra misma esencia⁴. La pluralidad dinámica de las fases históricas está sustentada

⁴ Antonio Millán Puelles: "Ontología de la existencia histórica", pág. 157.

por una unidad más profunda, por una estructura permanente que es la unidad personal. Sin esta estructura permanente (constantes anatómicas, constantes fisiológicas, constantes psíquicas, constantes espirituales), no podría ser posible ni la noción ni la realidad del cambio. No hay un puro acontecer exento de sujeto. La simple movilidad sin algo o alguien que se mueva es una mera abstracción. Acontecer sin sujeto es tanto como vida sin viviente. A través del cambio subsiste la unidad de lo que cambia, el sujeto. La naturaleza humana es naturaleza y es histórica. La sustancia del yo humano no es un ente parmenideo. Cuando afirmamos que el hombre es un ser histórico no estamos diciendo que consista exclusivamente en su historia. La naturaleza humana no es inmóvil. La historia no resbala sobre el ser del hombre. Los cambios históricos, aunque sean accidentales afectan a la sustancia humana, la enriquecen y la perfeccionan. Como no estamos totalmente hechos, sino tan sólo bosquejados, somos seres históricos. La plasticidad humana se da dentro del marco de la estructura permanente. Porque somos perfectibles, somos constitutivamente históricos. Porque somos sustancialmente permanentes y accidentalmente perfectibles, cabe hablar de nuestra realidad bosquejada. Ni totalmente hechos, ni totalmente por hacer. Bosquejados dentro de estructura con aptitud de asimilar nuevas modalidades.

Los acontecimientos históricos surgen desde la interioridad humana, aunque estén condicionados por una naturaleza. El dominio humano sobre lo natural, es la naturaleza humana, nos permite hablar de autocomando. Sin autocomando no habría historia ni cabría hablar de historicidad. Desde la libertad de la naturaleza humana se hace posible la historia.

¿Por qué hay historia? Porque tenemos que hacer nuestra vida individual y social. Este *tener-que-hacer* la vida individual y social configura necesariamente la historia, pero no configura una historia necesaria. El tener-que-hacer la vida libremente es causa de que se desarrolle históricamente. La plasticidad libremente determinable se da dentro de la estructura permanente de la naturaleza humana y dentro de las consecuentes constantes históricas. La historia tiene un valor primordial, porque en su curso se expresa auténticamente la verdad. La historicidad cabe en la verdad, a condición de que no se la disuelva en la historia. Verdad, bondad y belleza son suprahistóricas aunque los hombres las vayan conociendo mejor o peor en los diferentes momentos de la historia.

Como entes temporales, los hombres acumulamos pasado. Todo lo que sucede nos deja huella. La "dialéctica de las posibilidades", en la historia, no es ciega, sino que tiene clara vocación y conciencia de la historia: conquistar

el mundo para que florezca el espíritu. Por la historicidad humana penetramos en la constitución interna de la historia.

3.- CONSTITUCIÓN INTERNA DE LA HISTORIA.

La singularidad de los acontecimientos y de las perspectivas históricas sólo pueden ser trascendidos cuando se penetra en la significación y en el sentido de la historia. ¿Qué es la historia? ¿De dónde proviene la historia? ¿Hacia dónde va la historia? ¿Cuál es el sentido final de la historia? Al plantearnos estas magnas cuestiones estamos situados ya en el ámbito de la ontología de la historia. Desentrañar la esencia de la historia, develar la realidad del acontecer histórico para comprender su más íntima contextura, es tarea metafísica. Se puede empezar, si se quiere, por el análisis descriptivo de lo histórico, pero esta faena preambular sólo sirve para realizar un estudio ontológico estricto de la peculiar existencialidad del acontecer histórico. Porque no podemos quedarnos en una simple lectura de esencias, en una pura descripción del "como" sucede lo histórico. Anhelamos saber qué "es" la historia, qué *sentido* tiene.

Empezamos por decir que la historia no está en el ámbito de lo ficticio. No se trata de cuento, de fábula o de novela. Estamos ante una *realidad* ubicada en el ámbito de *lo social temporal*. En esa realidad social temporal advertimos hechos que de algún modo perviven en el presente, que no quedan relegados en el panteón de *lo que fue y ya no importa*, sino de *lo que fue y sigue contando* en alguna manera. Lo que *es*, es de muchos modos y no se identifica con la actualidad. *Lo histórico* no es el simple pasado, sino el *pasado actuante, trascendente, sobreviviente*. Ese pasado que ha penetrado en el presente y que se acumula con nuestra vida social actual. Por eso se habla de "acumulación histórica". Por eso los estilos colectivos de vida están gravidos de tradición histórica. Lo histórico no es la permanencia posible, sino la permanencia real de lo pasado en el presente. Trátase de un no-ser-ya actual, de una actualidad perdida que subsiste en una forma. Y si subsiste de alguna manera es porque el no-ser-ya de lo histórico no es puro no-ser. "Paradójicamente, el ser histórico puede ser definido—apunta Antonio Millán Puelles—de esta forma: *un no-ser-ya, que, sin embargo, es de algún modo todavía*"⁵. No se trata de actualidad formal, sino de subsistencia histórica que prolonga el pasado.

⁵ Antonio Millán Puelles: "Ontología de la existencia histórica", pág. 38, Consejo Superior de investigaciones científicas, Madrid, 1951.

El pasado constituido en pasado —y en pasado cualificado, ésto es, en pasado histórico— en la realidad histórica por las virtualidades, por los gérmenes productivos en los posteriores presentes, es el que interesa al metafísico de la historia. "A ese ser especial, merced al cual lo histórico gravita virtualmente en el presente, lo denominaremos el ser virtual de la existencia histórica"⁶. La permanencia del ser histórico supone que lo pasado, que fue actual, dejó de ser actual, pero no virtual. Las situaciones presentes prolongan las situaciones pasadas y producen las situaciones subsiguientes. La complicación del presente proviene de un enriquecimiento cualitativo. La historia tiene una dirección prospectiva y una dimensión retrospectiva. El hecho histórico es un corte en el tiempo, existencia actual que acumula virtualidades de la historia precedente y que dispara hacia el futuro su propia virtualidad. La textura de la historia —su causa material— está constituida por los hechos históricos. Los hechos históricos dan razón proximamente de los hechos. Para explicar un hecho histórico se recurre a otro hecho histórico. Pero para explicar la historia no se puede proseguir con esta cadena, sin llegar a la naturaleza del hombre y a su destino final. El cambio *de* hechos no es un cambio *en* los hechos. La finalidad del cambio de hechos históricos es el perfeccionamiento mismo del hombre, la búsqueda de la plenitud —individual y social— por la cual se aferra el hombre.

El continuo histórico no está constituido por un puro tejido de actos y de potencias, como se puede pensar en la neoescolástica. Hay que hacer intervenir, en el centro de la historia misma, la categoría de *la posibilidad*. Mucho de lo que es ahora pudo no ser. Mucho de lo que pudo ser no es ahora. La historia descansa sobre el pivote de la libertad. Lo que persiste y se integra en el continuo sucesivo es contingente. La prioridad temporal es una prioridad de naturaleza posible. Lo posterior histórico es más rico que lo anterior. La continuidad histórica no es puramente fáctica, sino esencial. La libertad se pone de relieve en la reversión al pasado y, sobre todo, en la prospectiva. Pasado y presente se presencializan libremente. Lo que está por ser está anclado en el presente. Antes de que el suceso histórico haya acaecido no se puede afirmar que tendrá que ser. De ahí que no podamos admitir, sin más, la afirmación de nuestro cordial amigo y colega, Antonio Millán Puelles, cuando asegura: "*Así como el pasado no puede dejar de haber sido, el futuro no puede dejar de haber de ser*"⁷. Distingamos: El pasado no puede dejar de haber sido en cuanto lo contemplamos como pura facticidad. Pero contemplado esencialmente podemos advertir que el pasado pudo haber sido de otra manera,

⁶ Antonio Millán Puelles: Opus cit., pág. 41.

⁷ Antonio Millán Puelles: Opus cit., pág. 89.

que no era necesario —sino posible— que fuese como fue. Otro tanto podemos decir del futuro. Visto como pura facticidad, el futuro no puede dejar de haber de ser. Pero examinado como futuro esencialmente libre —es decir, esencialmente histórico— el futuro puede ser de un modo o de otro, los actos proyectados pueden realizarse o pueden frustrarse. Lo que ha dejado de ser futuro —porque se ha convertido en presente—, pierde su carácter de incógnito. Eso es todo. Pero nunca pierde su carácter libre. No existe, en rigor, la apodicticidad existencial del futuro en el campo de la historia. Lo que ha de ser en un tiempo determinado no lo sabemos antes de que sea. Podemos lanzar conjeturas. Nada más. En la constitución interna de la historia está instalada la libertad y la posibilidad. El tránsito de lo posible a lo real no transgrede la racionalidad de lo real, pero no es un puro proceso lógico. En ese tránsito está la decisión humana trascendente, el amor o el odio. Consecuentemente lo que en la historia ha de ser no ha de ser necesariamente, sino libremente. El futuro humano, "quod nos", es obra de libertad. El poder de preformar futuros no corresponde a un solo hombre, corresponde a los hombres en sociedad, con sus élites, con sus héroes y con sus seguidores.

Sobre fundamentos naturales e históricos, la historia se forja a golpes de libertad. Examinemos, a continuación, la metafísica integral de la existencia histórica.

4.- HACIA UNA METAFÍSICA INTEGRAL DE LA EXISTENCIA HISTÓRICA.

La historia es un modo de conocimiento humano, conocimiento que versa sobre el hecho singular, sucesivo irreplicable. Hecho que reviste trascendencia social, para bien o para mal de la comunidad. El hecho pasado se cualifica como histórico cuando trasciende, de alguna manera, hasta un presente. La futura actualidad, del hecho que se está tornando histórico, se puede conjeturar por las virtualidades, por las posibilidades que esten inmersas en ese hecho. El despliegue de los hechos y de las situaciones humanas se realiza en forma de distensión. La distensión no impide que se pueda hablar de una unidad en la continuidad. La unificación abstractiva y la representación conectiva se integran en un todo dinámico con sentido. La historicidad *concreta* de los actos de los hombres se configura por la trascendencia, por la importancia que revisten esos actos —para bien o para mal de la sociedad— en el curso ulterior del acontecer humano. Se describen hechos y conexiones para comprender una totalidad con sentido. El esfuerzo de la humanidad por lograr su fin social feliz, no puede aprehenderse en una consideración de un suceso aislado, sin conexiones con otros hechos, sin destino final.

Los designios de la providencia no son descifrables en un hecho individual histórico. Aunque admitamos la existencia de la providencia —una vez probada la existencia de Dios—, no cabe desentrañar, en cada caso, los

secretos designios de Dios. La historicidad humana no es una dialéctica de apodicticidades, sino una dialéctica de libertades bajo el mando supremo de la divina Providencia. La continuidad histórica diverge radicalmente de la continuidad biológica. De ahí el fracaso del intento naturalista —introducir leyes de ciencias naturales— en la historia. No negamos que los hechos naturales afecten al hombre —temblores de tierra, sequías, epidemias, rayos, inundaciones—, pero estos hechos naturales no son, en rigor, hechos históricos. Tampoco negamos que la historia se apoya en la estructura unitaria del hombre, de las comunidades y de la raza. Ingredientes de lo histórico son sin duda alguna: 1.- Las tres tendencias primitivas y elementales del hombre: a) el apetito de dominación; b) el apetito de goce; c) el apetito de posesión. 2.- La actuación espontánea de los grandes hombres —héroes los llama Carlyle— que con su singular personalidad provocan grandes o pequeñas revoluciones. 3.- La proyección temporal del cosmos con un esfuerzo profundo que efectúa la naturaleza humana para alcanzar su fin social feliz. 4.- Dirección suprema de la Providencia y ejecución de los temibles juicios de Dios según las reglas de su infalible justicia.

Providencia divina es la razón y voluntad de Dios —razón de orden y gobierno— que dirigen a los seres al fin de la creación. Dios no puede equivocarse en su visión eterna de las acciones humanas, y aunque el hombre pueda obrar de otro modo, sin embargo, *de facto* no obrará de otra manera, sino como lo ha previsto Dios, que de obrar de otro modo la ciencia divina lo hubiera ya previsto. Dios está fuera del tiempo. En su inteligencia divina se encuentran presente, pasado y futuro en un eterno ahora. Por eso —explica el Dr. Ludóvico Macnab—, aunque la visión que Dios tiene de la libre futura acción humana existe en El *ab aeterno* y es anterior a su ejecución en el tiempo, sin embargo, lógicamente es posterior a ella, pues esta visión de Dios la supone realizada en tal determinado momento. Dicho de otra manera: "los futuros libres previstos por Dios *ab aeterno*" necesariamente han de realizarse, pero no han de realizarse necesariamente". Sociedades particulares y sociedad civil de fines temporales, se subordinan al fin personal trascendente del hombre. Sólo ordenando la vida amorosamente hacia el bien supremo es como el hombre y la sociedad logran su propia perfección. Por sola esta inclinación natural del hombre a la felicidad absoluta, Dios sería ya el autor principal de la historia, puesto que esta tendencia insoslayable depositada en el hombre es impulso y es dirección. Pero, además, en la armonía preestablecida, Dios —sin restarles nada de su libertad— dirige y gobierna las acciones de cada una de las criaturas directa o indirectamente.

Un hecho queda fuera de toda duda: que Dios no puede faltar en la realización de sus fines providenciales. Ya puede el hombre contrariar su fin individual cuantas veces quiera, puede una sociedad determinada retardar,

comprometer, y hasta perder su fin natural, pero el fin de la historia será en cualquier caso el querido por Dios.

Dios crea y conserva a los seres para su fin. Si no hubiera en El la razón del orden conveniente —y su ejecución— con que deben ser dirigidos al mismo Ser Supremo, eso debería provenir o de falta de inteligencia para conocer dicho orden, o de falta de voluntad o de poder para realizarlo. Ahora bien, no cabe suponer lo primero, porque Dios es sabiduría infinita, ni lo segundo, porque es bondad absoluta, ni tampoco lo tercero, porque es omnipotente.

El hombre esta dotado de medios suficientes —naturales y sobrenaturales— para cumplir su fin; si no los utiliza, culpa es del mal uso de su libre arbitrio. La permisión divina del mal moral sirve para bien y gloria de los buenos, para que Dios manifieste su misericordia en perdonar y su justicia en castigar, para manifestar longanimidad en sufrir. Si se trata de demostrar que en el orden actual hay providencia, no es lógico objetar si Dios pudo o por qué no estableció otro orden de cosas. Estamos incapacitados para investigar cual sea el bien que Dios saca de los males en cada caso particular, y para resolver por qué a tales individuos o familias los prueba con desgracias y a los otros no, pues no podemos saber los juicios de Dios, y debe bastarnos que su providencia es justa y sabia.

Todo acontecimiento real, libre, humano, puede y debe ser considerado bajo su aspecto moral. Ciertamente historiar no es valorar. Pero no se puede eludir la calificación ética de todo acontecimiento humano. Podemos representarnos el despliegue de la historicidad de los hechos —mera explicación histórica—, pero sin ignorar que los hombres no pueden dar un solo paso fuera del ámbito moral, porque la vida humana tiene una textura ética. Pretender una pura comprensión histórica —amoral— de la posibilidad que los actos humanos revisten en su “composibilidad” con los sucesos precedentes, es una abstracción que prescinde de un aspecto real en la historia —el aspecto moral—, un sacrificio de la realidad integral —especie de “epojé”— en aras de una “pureza” histórica. En todo caso, la metafísica de la historia no puede prescindir de todos los ingredientes que integran y dan sentido a lo histórico. De ahí la necesidad de vincular la óptica y la axiología de la historia.

5.- ONTICA Y AXIOLOGÍA DE LA HISTORIA.

La historia es movimiento articulado a golpes de invención. No es evolución biológica sino acontecer basado en la tradición que se prolonga. Acontecer que abarca la historia social y la historia biográfica. La historia no es biográfica personal, sino “ámbito entero de la prospectividad tradente” (Zubiri). La historia no es ni pura vicisitud, ni mero testimonio, ni transmisión de sentido, sino *entrega de modos de estar en la realidad como principio de*

posibilidades. Por eso Xavier Zubiri define, en primera aproximación: “historia es el suceso de los modos de estar en la realidad”. Y aclara: “La historia no es simplemente un proceso de producción y de destrucción de realidades y de modos de estar en la realidad, sino que es un proceso de posibilitación de modos de estar en la realidad. De ahí que, como connotación temporal, el pasado como realidad ya no es; pero “son” las posibilidades que ha otorgado. En otros términos el pasado no continúa como realidad, pues entonces no sería pasado, pero continúa como posibilitación. La continuidad de la tradición es una continuidad de posibilitación. Esta continuidad es, primero, un proceso, pues cada momento no sólo viene después del anterior, sino que está apoyado en él, y, segundo, es un proyecto de posibilitación; un proceso en el que cada posibilidad se apoya en la anterior. Como la realización de posibilidades es suceso, resulta que la historia es, repito, en primera aproximación, un proceso de sucesos, no un proceso de hechos”⁸. Ahora bien, la historia como principio de posibilitación (tradición constituyente, continuante y progrediente) refluye sobre cada una de las personas humanas. No se trata de que gracias a la historia las personas maduren, ni se descubran o desvelen, sino de un proceso metafísico de capacitación. Las capacidades personales acceden a las posibilidades en un proceso humano real. Pero no puedo concordar con Zubiri en la limitación que fija a la filosofía de la historia. He aquí el texto del cual discrepo: “La historia no es un estadio desde el tiempo a la eternidad. No es la imagen transcurrente de la eternidad, porque la historia no es transcurso, sino ser dimensional: es la figura temporal”⁹. Para que el ser dimensional sea significativo deberá tener un sentido moral. La figura temporal no se agota en ella misma. Hay una soberanía divina sobre todas las figuras temporales. El marco general de significación de los sucesos históricos no puede estribar en ninguna figura temporal. Sin soberanía divina —co-existente con la libertad humana— no habría historia universal. Los instrumentos de la Providencia son siempre moralmente defectuosos. De ahí que la historia no sea completamente significativa. Los falsos centros de significación de deshacen y se reconstruyen una y otra vez. Estos zig-zags históricos sirven, no obstante, como llamamiento existencial al auténtico hombre decisivo.

Los hombres siempre se han afanado por realizar valores religiosos, estéticos, éticos y culturales. A pesar de todas sus fallas, nunca han podido desentenderse de la bondad, de la grandeza o de la solidaridad. El grado de

⁸ Xavier Zubiri: “La dimensión histórica del ser humano”, en el volumen “Realitas”, Seminario Xavier Zubiri, I. págs. 39-40, Madrid, 1974.

⁹ Xavier Zubiri: Opus cit. pág. 62.

perfección alcanzado en los diversos momentos históricos es variable; pero el esfuerzo humano permanece. Sin los valores no habría base de contacto entre los pueblos. El humanismo tiene, o puede tener, un carácter supratemporal. Todas las épocas han considerado distintos planos de valores. La dimensión de altura máxima ha estado siempre, o casi siempre, aunque a veces en forma muy secularizada, en el valor religioso. Esto bastaría para llevarnos a un centro de gravedad del sentido de la historia en su acontecer concreto y hasta personal.

Contra todo relativismo —el relativismo es relativo y no absoluto— cabe afirmar que hay un intento constante y único de obtener una realización —variable, limitada, concreta— de valores supratemporales. Las grandes empresas históricas son suscitadas por los valores. El espíritu axiológico realizador es una constante histórica. La historia no es sólo un caos conflictivo. Fritz J. von Rintelen nos recuerda aquellas sabias sentencias:

*“Lo que fue grande, permanece grande,
lo que fue pequeño, permanece pequeño
y, así, entra en la historia”.*

A la humanidad le importa resolver el orden jerárquico de los valores. Es un problema de vida o de muerte. No basta una óptica de la historia; requerimos una axiología. Sólo desde la axiología de la historia podemos valorar el sentido del progreso y trascender el proceso histórico.

6.- MÁS ALLÁ DEL PROCESO HISTÓRICO Y DEL MITO DEL PROGRESO.

Para poder penetrar en una época, todo historiador adopta una actitud valorativa. Si se limitase a describir hechos no entendería la historia. El historiador que no adopte una actitud valorativa no puede tomar en consideración las exigencias de una época en “una situación crítica”. Sin valores éticos vigentes se corre el peligro de seguir sólo el egoísmo individual o colectivo, de hincarse ante “el prestigio y el poder” (Spengler), de “gozar solamente en canalla” (Goethe). Quien quiera comprender la historia debe obtener un horizonte superior al tiempo.

Durante algunos siglos se creyó en un progreso rectilíneo, constante. Se pensó, ingenuamente, en un predominio cada vez mayor de la razón, en una humanidad cada vez más perfecta. Karl Marx ilusiona a sus seguidores con un feliz y paradisíaco estado social definitivo: la sociedad sin clases. A ese estadio llegaremos —es la creencia de Marx y sus epígonos— por un fatal proceso dialéctico histórico. Los partidarios del progreso necesario ignoran un hecho elemental de experiencia cotidiana: la historia de la humanidad es el ámbito de una creación relativamente libre y puede perderse de nuevo —se ha perdido muchas veces— lo ya ganado. “Todo ha salido mal alguna vez en

la historia”, nos recuerda Keyserling. Y Einstein advierte que “vivimos en la época de los medios perfectos y los objetivos confundidos”. Si los problemas de la historia universal se van a resolver en el futuro, no tenemos por qué preocuparnos ahora. “La teoría del progreso es, en primer lugar, una falsa divinización del futuro, a expensas del pasado y del presente. Es una divinización que no puede aprobarse desde el punto de vista de la moral, ni en el terreno científico y tampoco filosóficamente”, escribe Nicolás Berdiaeff¹⁰. El mito del progreso estriba en que una generación cede su sitio a otra, elevando a la humanidad hacia unas alturas extrañas. Avance ininterrumpido, fatal, de generaciones que van disparadas —como eslabones sin ninguna finalidad propia— hacia un estadio superior, perfecto, del hombre futuro. Mientras adviene ese privilegiado hombre futuro sólo existirá el padecimiento y la muerte para una inmensa sucesión de generaciones humanas. Las generaciones pasadas sólo sirven como simples medios para que la generación de elegidos —en la sociedad sin clases— alcance la bienaventuranza. Se acaba la esperanza cristiana de una felicidad común para todas las generaciones. “La religión progresista del siglo XIX admite a su festín mesiánico una sola generación inconcebible y extraña de elegidos, que se me antojan —dice Berdiaeff— como verdaderos vampiros con respecto a todas las generaciones anteriores. Apenas concibo como ese festín, que los futuros elegidos celebrarán sobre las tumbas de sus padres, puede inspirarnos un entusiasmo hacia la religión del progreso. Sería realmente un entusiasmo bajo y vil”¹¹. El paraíso terrenal de los marxistas, la bienaventuranza en este mundo es una adulteración, un falseamiento de la idea religiosa de un reino de Dios en el planeta terráqueo. Esta utopía que desecha la razón y recibe golpes y fracasos en la práctica, se esgrime en algunos países como doctrina oficial y “científica”. La monstruosa injusticia de una generación situada en la cumbre histórica, supuestamente feliz a base de amasar el sufrimiento de las generaciones pasadas, indujo a Iván Karamasov a “devolver su billete a Dios”. La Divinidad vampiresca de la generación privilegiada conduce a dudar y rechazar la Providencia Divina. Pero si existe Dios —y estamos convencidos de que existe— todas las generaciones humanas se hallan en relación directa e independiente con lo absoluto y se acercan a la Divinidad en virtud de sus propias atribuciones teotrópicas.

Todos los pueblos son mortales; las grandes culturas, en cambio, tienen elementos imperecederos. El futuro no es más real que el pasado y el destino humano tiene que resolverse en la eternidad y no en un futuro indefinido. El

¹⁰ Nicolás Berdiaeff: “El sentido de la historia”, pág. 228, Editorial Araluce.

¹¹ Nicolás Berdiaeff: Opus cit., pág. 232.

tiempo fragmentado no es el destino del hombre. Pasando por épocas y más épocas no resolveremos nuestro destino. El proceso histórico es un camino que exige un puerto de arribo, una resolución trascendental. Los mejores ideales del hombre —los ideales del cristianismo— no se han realizado cabalmente y son irrealizables —en la perfección reclamada— en este mundo temporal. Los fracasos a que asistimos en el transcurso de la historia no significan, de manera alguna, un fracaso permanente, definitivo, eterno. Más allá de la historia hay otra realidad más elevada y absoluta que el mundo en que vivimos. El proceso histórico adquiere sentido en la medida en que se aproxime y llegue a su término feliz. Este término lo vislumbramos en esa “especie de consaber con la creación”, al que se refiere Karl Jaspers. Desde entonces ya no dependemos de una manera radical del proceso histórico. Superamos la historia en la serenidad y en la unidad indolora de la naturaleza, en la verdad intemporal e inespacial, en el fundamento de la historicidad, en el instante feliz que pide eternidad, en el germen del espíritu inconsciente que aspira a revelarse, en las obras más elevadas del hombre, en la unidad de la historia, en lo eterno que aparece como decisión en el tiempo...

El hombre recibe directrices desde el fondo de su contextura. Por eso le hemos llamado ente teotrópico. Si hablamos de proceso, desarrollo, progreso, evolución, origen, podemos estar ciertos de que hay un supremo guía y protagonista de la historia. Una teleología consistente y con raíces en la estructura permanente del hombre sirve de fundamento a la suprahistoria. Pero la suprahistoria sólo se entrevé desde el sentido axiológico en la historia.

7.- EL SENTIDO AXIOLÓGICO EN LA HISTORIA.

El movimiento histórico, acelerado en su compás, nos produce cierto desasosiego. Lo histórico es concreto, individual, sucesivo. En lo histórico se revela el destino humano de cada cual y el destino universal. La “memoria histórica” interioriza espiritualmente lo histórico. En cierto modo, la “memoria histórica” es un triunfo del espíritu imperecedero. La rememoración interna del magno pasado histórico transpone los límites de la sucesibilidad objetiva y “nos descubre —observa Nicolás Berdiaeff— una realidad ideal subjetivo-objetiva”¹². La historicidad del objeto —acontecimiento o suceso— no sería inteligible si no existiera la historicidad del sujeto. En el espíritu del hombre hay capas —profundas, ocultas, poster-

¹² Nicolás Berdiaeff: “El sentido de la historia —Ensayo filosófico sobre el destino de la humanidad—” pág. 29, Edit. Araluce, Barcelona.

gadas— del tiempo. Por eso rememoramos. Por eso hay leyendas. Por eso hay crítica histórica.

El drama de múltiples actos que es la historia tiene un comienzo, que se pierde en el tiempo, y un fin, cuya fecha exacta ignoramos. De lo único que estamos ciertos es de que la historia es esencialmente escatológica, de que tendrá un fin, de que hay una humanidad única y una finalidad común de todos los hombres. En la base de esta concepción de la historia están los designios de Dios y la libertad de los hombres. Si no hubiese la misteriosa e incognoscible libertad humana habría una “fatalidad natural” o “Destino de Dios” en el mundo, pero no habría historia universal.

Vivida desde dentro, la historia no se presta como una simple imposición, sino como un acontecimiento íntimo de un espíritu libre. En la historia convergen dos elementos: conservación y creación. “Entiendo por *momento conservativo* aquel en que se verifica el contacto con el pasado espiritual. Es la *tradicción interna íntima* —define Berdiaeff— en virtud de la cual lo más sacrosanto del pasado queda admitido en la esfera de nuestra existencia. Más tampoco es posible la percepción histórica sin un determinado “momento dinámico creativo”, sin esa continuidad creadora dirigida hacia la resolución de la historia”¹³. El conservatismo puro bloquea el proceso histórico, ignora el dinamismo de antaño en su proyección hacia el futuro, congela el fluir de la historia. Estamos de acuerdo en que hemos de percibir dinámicamente el pasado y el futuro; hemos de fusionar de modo espiritual, dinámico y concreto, el pasado y el futuro. Pero a esa tarea no tenemos por qué llamarle —como lo dice Berdiaeff— “un profetismo dirigido hacia el pasado”, salvo que se quiera abusar del profetismo. Es cierto que el destino humano no se agota en la tierra, sino que también es —y de manera primordial— un destino supraterrrestre. Cabe hablar, asimismo, de un destino no solamente histórico sino también de un destino metafísico. Pero no cabe erigir el profetismo “stricto sensu” en método histórico. Bástenos tener presente que la historia no es un objeto más entre miles de objetos inanimados del mundo material, sino un drama íntimo que tendrá desenlace. Entre Dios y el hombre hay un encuentro en el mundo. “Tan sólo la Libertad Divina y la libertad humana, el Amor Divino y el amor humano, en su trágica correspondencia interna, pueden llevarnos hacia las fuentes de los destinos históricos”¹⁴. El destino del hombre es el destino de su respuesta a Dios. El proceso histórico es un proceso

¹³ Nicolás Berdiaeff: Opus cit., pág. 50.

¹⁴ Nicolás Berdiaeff: Opus cit., pág. 67.

en el tiempo que discurre en el seno de la eternidad, que se hunde en lo más profundo de lo que no acaba nunca, que deja su estado de imperfección cuando penetra en la plenitud de la vida eterna. En esa plenitud cesa el fantasma de lo que *ya no* existe y de lo que *aún no* existe. Tiempo sin futuro y sin pasado es tiempo sin disociación, sin procesos progresivos y regresivos, sin apartamientos de las fuentes superiores de la vida divina, sin la libertad del mal y sin destino trágico.

Partamos de un hecho incontrovertible: hay épocas históricas. Ahora bien, si hay épocas históricas, hay sentido en la historia. Toda época histórica es una totalidad relativa de sentido que tiene su propio estilo de vida. Toynbee considera a cada época histórica como una "unidad de sentido de la historia provisional", que se encuentra en estado de llegar a ser y de pasar luego"¹⁵. Cada época establece su sistema de importancias. La Edad Media se centra en la fe religiosa, el Renacimiento otorga gran importancia al arte, el siglo XIX se embelesa con el dominio científico... "Puede, a veces, aspirarse a todo a la vez, pero el espíritu de una época —apunta con penetrante agudeza Fritz J. von Rintelen— viene determinado por un objetivo de valor que siempre aparece en primer plano"¹⁶. En las épocas de transición se difumina esa dominante axiológica. La comprensión histórica busca compenetrarse con el carácter axiológico determinante de cada época, con su rico conjunto de tendencias varias. No es preciso hablar de un "alma popular", como lo hace Splenger. Basta pensar en un estilo colectivo de vida para comprender que ese estilo uniforma al individuo y le capacita, como persona, para su propia actividad creadora por encima de límites epocales. "Todas las épocas en que domine la fe (en algo), sea cualquiera la forma que adopte, son brillantes, alentadoras y fructíferas para el mundo contemporáneo y para el posterior", observaba Goethe con su lucidez característica"¹⁷. La dinámica interna de cada época tiene una validez normativa provisional. El problema capital estriba en saber si podemos descubrir valores incondicionados, supratemporales que orienten la historia. Por la realización del bien, se decide algo a favor de la esfera de lo eterno, apuntó Kierkegaard. Ahí —y no en otra parte— debemos buscar el impulso más fuerte para la entrega a las grandes empresas históricas que sirven a la colectividad y contribuyen a difundir el Reino de Dios. ¿Por qué no tratar de penetrar en la cooperación humano-divina en la historia? Sólo así comprenderemos su última y más íntima contextura.

¹⁵ Toynbee: "A Study of History", Abridgement (194), pág. 36.

¹⁶ Fritz J. von Rintelen: "El sentido en la historia", pág. 240, Atlántida, Mayo-Junio 1968, Madrid.

¹⁷ Goethe: Israel in der Wüste, 1797.

8.- LA COOPERACIÓN HUMANO-DIVINA EN LA HISTORIA.

El tema histórico más profundo es la contienda entre el teísmo y el ateísmo. Los teístas están percatados de que la finalidad más íntima del acontecer es la aparición del Reino de Dios sobre la tierra. Los ateos esperan un progreso indefinido sobre la tierra o un paraíso terrestre de una sociedad sin clases. Contra el progreso indefinido cabe advertir:

1º No se puede afirmar que la humanidad haya progresado totalmente porque se hayan realizado progresos particulares.

2º No se puede hablar de progreso moral. No es la humanidad el sujeto de la moral, sino el hombre concreto de carne y hueso que decide libre e imprevisiblemente.

3º Tampoco cabe decir que el arte de nuestros días es muy superior, por ejemplo, el arte de Miguel Angel o de Leonardo de Vinci.

4º No tendría sentido afirmar que la filosofía de nuestro días es muy superior a la filosofía de Platón o de Aristóteles.

Y es que cada artista o cada filósofo vuelve a plantearse, en carne viva, los eternos problemas del arte o de la filosofía. Lo mismo puede afirmarse de la literatura. ¿A qué se reduce, pues, el progreso? Progresa la ciencia, progresa la técnica. El hombre de nuestros días maneja técnicas cuyos fundamentos ignora, pero cuyos resultados aprovecha. La pseudo-doctrina del progreso diviniza el futuro y espera el advenimiento de un estado perfecto. En una época que no se precisa, la historia universal de la humanidad habrá resuelto todos sus problemas. Lo que cuenta es el hombre futuro. Las generaciones presentes son simples eslabones sin ninguna finalidad propia. El presente se evapora en aras de un progresismo inocente y filisteo.

La doctrina materialista no ve en el hombre más que una parte integrante de la naturaleza sin diferencia esencial de los demás seres naturales. Sólo los métodos de la ciencia natural pueden captar la realidad. La ética, la estética y la religión, no constituyen otra fuente de conocimientos. La materia es todo cuanto existe. Movimientos puramente mecánicos del mundo inorgánico y pensamientos humanos están regidos por una rigurosa necesidad. Según esta teoría no son las voluntades individuales las que determinan el curso de la historia —se niega la libertad y la responsabilidad del hombre— sino las leyes universales y necesarias para la actividad humana individual y social. Ejemplo típico de esta concepción, es el materialismo histórico de Carlos Marx, que atribuye las causas de todos los sucesos humanos al supuesto *factotum* económico. Un factor —el económico— es erigido en *factotum*. ¡Craso error! Este valor material determina, en su evolución, las ideas jurídicas, morales,

políticas y religiosas. El mundo mediante la lucha de clases avanza fatalmente hacia el derrumbe del capitalismo y hacia la sociedad sin clases.

Progresar no es ser más, sino mejor. Ser mejor el hombre, la vida humana. El progreso es la realización de los valores por el esfuerzo humano. En el transcurso de la historia todas las generaciones humanas tienen sus relaciones y sus vínculos propios con la trascendencia. La historia no es un carrete de hilo que pueda desenvolverse infinitamente. La historia tiene un sentido positivo tan sólo porque tiene un desenlace. La Causa trascendente y personal hace posible la historia y su contenido plebético de significación teleológica. Existimos y trabajamos encaminándonos —o desencaminándonos— a nuestro verdadero apoyo o sostén. Desde esa Alta Sabiduría cabe concebir la faceta, visión de la historia. No obstante, la colaboración humana en los designios de Dios queda abierta. He ahí una posibilidad espléndida.

9.- POSIBILIDADES Y LÍMITES DE NUESTRA VISIÓN DE LA HISTORIA.

¿A donde nos va a llevar la historia? ¿Por qué hemos de caminar, necesariamente, por vías históricas? La inmensa multiplicidad de seres y de sucesos históricos no pueden ser un mero agregado caótico, si Dios existe. Aquí, en la historia, entrevemos y captamos una vida que es eterna. Desde entonces buscamos una ordenación secreta, un Principio Inmutable, una Causa Universal.

La historia se ha estudiado tardíamente. Se empezó por el mito revestido de ropaje épico. El sentido divino de la realidad espacio-temporal llenó al hombre de asombro y de estupor. Se advirtió después, que el mundo externo tiene un parentesco con el espíritu humano, puesto que se puede entender. El pretendido antagonismo entre la esencia y la evolución, entre Dios y la historia nunca fue tomado en serio por San Agustín, desde el momento en que intuyó la existencia de un plan divino. Desde ese plan se advierte la separación entre la piedad selecta del Reino de Dios y los egoísmos y perversidades del Estado terreno. La soberbia apostática o secesionista, las desviaciones del instinto biológico constituyen una subversión fundamental contra el orden divino. La absolutización de los bienes temporales —cuerpo, deleite, poder, fama, propiedad, familia, ciencia, arte— ponen de relieve el desconocimiento de la verdadera estructura del mundo y el desconocimiento del sentido de la cultura.

Hay quienes piensan en la historia como un todo organizado, como una especie de trabazón gramatical de palabras-hechos. Pero una cosa es reconocer la existencia de algo estructurado y coherente, y otra cosa es visualizar el todo organizado. Al tiempo de hacerse, la historia nos hace vislumbrar algo preparado de antemano, algo lleno de sentido y de valor. Espectadores y actores de la historia, los hombres la contemplan, la sufren,

la esperan, la recuerdan. ¿Quién, sino Dios, puede abarcar y gobernar la historia? ¿Quiénes, sino los hombres, se sienten vinculados a un poder superior?

Se dan, en las historias particulares de los pueblos, ciertas regularidades: surgimiento, apogeo y ocaso de las civilizaciones; influjo cósmico y constantes humanas. Advertir estas regularidades no es abarcar con la vista el desarrollo integral de la historia desde la fuente hasta la desembocadura. Nuestros juicios acerca de la justicia de la historia son provisorios, a inconmensurable distancia de la visión del Director y Juez de la historia.

Todos los hombres experimentamos una escisión y una tendencia hacia lo perfecto. Pese al impulso fundamental hacia la fusión con lo conocido y amado, existe una impotencia para la compenetración plena del yo y del no-yo (naturaleza inorgánica, plantas, animales, otros hombres). Lo que nos rodea tiene un valor representativo. El sujeto nunca llega a posesionarse totalmente del objeto. De ahí ese anhelo de ver las cosas en su fundamento. Los valores pierden su pureza en las cuasi-creaciones humanas. Las cosas humanas se apartan de su sentido originario. En el seno mismo del hombre está incubado su enemigo. Los objetos técnicos tienen su lógica y no se cuidan de los hombres que les han traído a la habencia. La realidad prosaica del dinero, por otra parte, se presenta de modo mesiánico. Cuesta trabajo considerarse como sujeto de la historia. Las obras sueltas de los hombres y de los pueblos no pueden tomarse como plenitud del sentido histórico.

Es ley histórica que “el que aspire a cosas grandes tendrá que pasar antes por grandes dolores”. Por doquiera impera la ley del dolor. Pero la última palabra, en la melodía del universo, no la tiene el dolor sino el gozo que pide eternidad, profunda eternidad.

Hay algo más que puro acontecer. La rememoración de los sucesos hace referencia a un Sujeto excelso cuyos designios en el acontecer histórico no alcanzamos a comprender del todo.

La ingenua caducidad temporal nos lleva al sentido teleológico de la historia. Con raíces en lo humano, esta teleología pone de relieve el contraste entre el querer y el poder, el tiempo, y el valor. Pronto nos percatamos de que “o Dios existe y es espíritu o existe el espíritu, que es Dios”. Y es que el hombre recibe directrices desde el fondo mismo de su esencia. La ley natural, promulgada en nuestra conciencia, coincide con la “Lex Aeterna”. Hacer historia, dentro de los límites y posibilidades de lo humano, es uno de nuestros más singulares privilegios.

¹⁸ J. Bernhard: “El sentido de la Historia”, pág. 196, Ed. Pegaso.